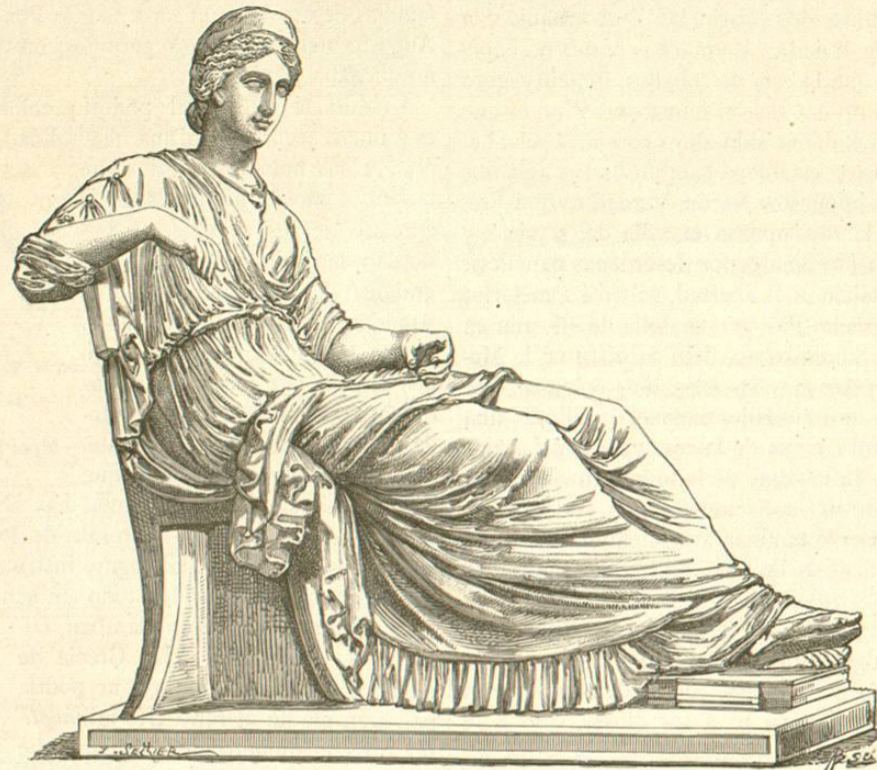


governaban el imperio (1). Así, á partir de ochenta años atrás, los habladores hábiles de nuestras provincias meridionales hacían nuestras revoluciones y nuestros ministerios. Artistas ó retóricos, médicos ó astrólogos, libertos de gran casa ó industriales inferiores, todos aquellos griegos se daban muy buena maña en explotar á los romanos halagando su vanidad nacional. Como el beduino bajo sus harapos sólo tiene desdén para nosotros, el griego no tenía en su corazón más que desdén para los espíritus groseros y para aquellas manos duras que habían encadenado á su patria. Desde Dionisio de Halicarnaso hasta Libanio, no se encuentra un griego que haya hablado de Horacio ó de Virgilio (2).



Estátua romana del Museo Torlonia (Atlas del Bull. arch. XI, p. XII)

Leónidas, pero tenía siempre sus juegos sangrientos del altar. Después de una larga indiferencia, hubo una reacción de piadoso fervor por la religión y la gloria nacional. Volvía á encontrar la antigua Grecia, así como hace cincuenta años descubrimos la Edad media; y el helenismo, eclipsado hacía tres siglos, iba á ejercer nueva influencia en las ideas del mundo. Gracias á su fama y á sus monumentos, por los cuales habían pasado ya seis siglos sin empañar su virginal esplendor, Atenas, á pesar de su pobreza (3) y

que desembarcados en Ostia con higos ó ciruelas, escalan las Esquilias y el Viminal para penetrar en las casas poderosas, cuya conquista meditan. Son de genio ardiente, de audacia sin límites y de fácil palabra. ¡El griego! Es el hombre universal; gramático, retórico, geómetra, pintor, augur, funámbulo, médico, mago... Todo lo sabe, y si se le pide, se arreglará para subir al cielo. En verdad, no era moro, ni sármata, ni tracio aquel que se atrevió á tomar alas. Atenas lo había visto nacer (Ibid. III, 69, 80).

(1) Los más famosos libertos, de que ya hemos hablado, son: Calisto, de Calígula; Narciso y Palas, de Claudio; Policleto, Doriforo y Helios, de Nerón; Icelo, de Galba; Asiático, de Vitelio, etc.

(2) Excepto Plutarco que vivió en Roma y cita una vez á Horacio (Luculo 39).

(3) Los romanos le habían dejado muchas islas y ciudades que le pagaban tributo: Orope, Aliarta, Salamina, Lemnos, Imbros, Paros, Esciros, Icos, Esciatos, Ceos, Pepareto, Delos, Cefalonia. Sin embargo, era tan pobre que en el siglo segundo de nuestra era pretendió vender á Delos (Filostrato, *Vidas de los sof.*, I, 23), y tuvo que renun-

En cambio ¡con qué ardor á orillas del Tíber, donde tantos griegos enseñaban, á las márgenes del Meles y el Iliso, repetían los claros nombres y los altos hechos de sus mayores! Perdidos en la inmensidad del imperio romano, habíanse dado á despertar los recuerdos de la patria. Como en tiempos de Aristides y Cimón, celebraban la fiesta de la Liberación en el aniversario de la batalla de Platea y los guerreros de Maratón estaban menos olvidados en su sepulcro que en los días en que Demóstenes juraba por su gloriosa muerte. En Delfos, recordaban las *soterías* á los galos, victoriosamente rechazados del templo y traspasados por las flechas de Apolo. Eleusis conservaba sus misterios, que Claudio quiso trasportar á Roma. Esparta no tenía ya

después de prolongado silencio, había venido á ser la ciudad de Minerva: había encontrado otra vez sus ruidosas escuelas y los artistas acudían á su seno en el séquito de los emperadores. Al entrar en aquel viejo santuario del genio, exclamaban los filósofos: «¡Doblemos aquí la rodilla!» Adriano acabó allí la obra de Pericles, el templo de Júpiter Olímpico; y ¿qué busca en aquella vieja tierra Pausanias, que en este momento la recorre? Las huellas de los dioses y los héroes. Olvida las miserias del presente para mostrar ese famoso pasado de que viven los herederos de Homero y de Leónidas.

Así, pues, en las posesiones europeas del imperio tres grupos, las comarcas del Norte, que se despiertan á la vida social, las provincias occidentales, que la gozan en toda su plenitud, las regiones del centro que se empobrecen, declinan y callan. Es el movimiento moderno que comienza á producirse; es la vida que cambia de lugar y se dirige al Norte como para salir al encuentro de la barbarie y darle

ciar á hacer los más pequeños gastos (A. Dumont, *Población del Atica*, en el *Journal des Savants*, dic. 1871); y en el siglo tercero, no pudo continuar la explotación de las minas del Laurión. Según la cuenta de Dumont (*Ephébie attique*) su población en tiempo de los Antoninos no pasaba de 12.000 almas. Horacio decía ya de ella, en tiempo de Augusto... *vacuas... Athenas* (*Epist.* II, 11, 81).

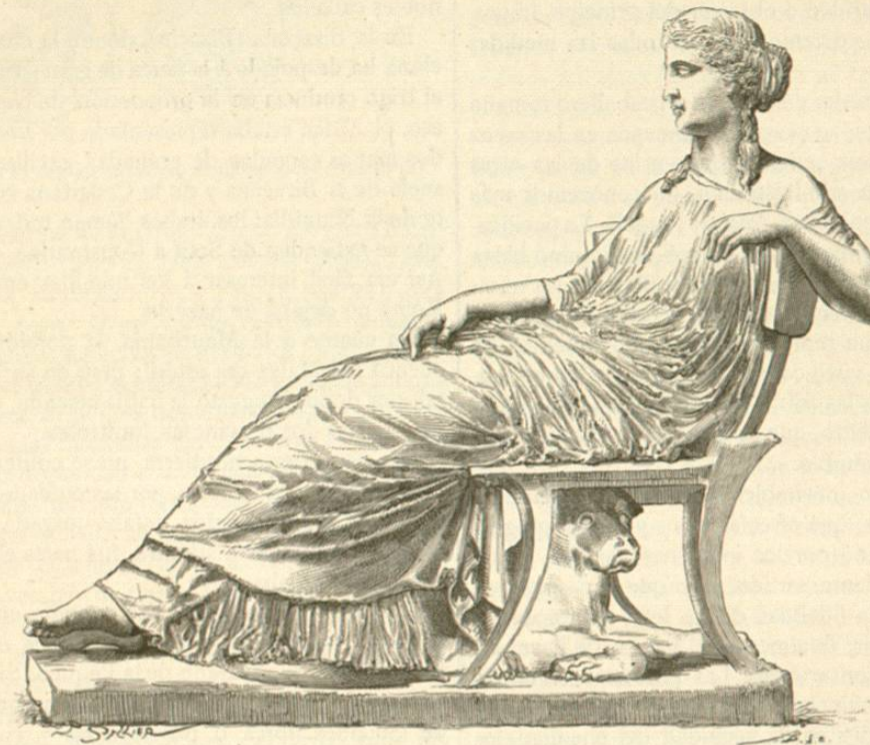
el gran combate que hará desaparecer la civilización anti-gua, hasta el día lejano en que ésta surja más poderosa y mejor de en medio de las ruinas amontonadas por los germanos.

### III. — AFRICA Y ORIENTE

A la otra parte del Mediterráneo, se extendían las seis provincias africanas: Egipto, Cirenaica, Africa propia, Numidia y las dos Mauritánias. Estas provincias formaban dos grupos distintos, separados por las pavorosas soledades de la región de las Sirtes: al Oriente la Cirenaica y el Egipto; al Occidente, el país de Cartago, de los nómadas y de los moros.

Por el territorio de Cartago habían tomado el Africa los romanos, y se establecieron allí tan fuertemente que está cubierta aún de imponentes ruinas toda la región tunecina. El Coliseo de Tisdro recuerda el de Vespasiano, é igual en dimensiones y acaso más elegante, el anfiteatro de Verona. En otro tiempo lo llenaba un pueblo inmenso y rico; hoy todos los *gurbies* de un villajo árabe reposan á su sombra. ¡Qué fuerza no tendría aquel régimen municipal que podía elevar colosales construcciones en los confines del desierto!

En el Africa propia las nuevas costumbres habían ganado las comarcas vecinas. Para activar la transformación de estos países, Augusto y sus sucesores habían fundado numerosas ciudades en las dos Mauritánias, hasta en las cos-



Estátua griega del Museo Torlonia (Ibid. XII, p. XI) (1)

tas del Océano, pero enfrente de la Bética, de donde les llegaban protección y socorros (2).

Pero este ensayo no salió bien, ó Augusto creyó ir más aprisa confiando á un jefe indígena el encargo de este gran negocio; por lo cual devolvió la Mauritania á Yuba. Este rey letrado, á quien Atenas erigió una estatua, invirtió un reinado de cincuenta años en infundir en su pueblo el gusto de las costumbres romanas, y su capital Yol ó Cesarea, hoy Cherchel, era una ciudad italiana. Este príncipe, uno de los *reges inservientes* de Tácito, valía más que un prócónsul para preparar las vías á la dominación imperial. Calígula despojó de su reino á un hijo de Yuba (40), y Claudio dividió la Mauritania en dos provincias, la *Tingitana* y la *Cesariana*, separadas por el Malva, que había de servir

(1) Encontráronse estas dos estatuas idénticas, una en el circo de Majencio, cerca de Roma, y la otra en la *villa* de los Gordianos, en la vía Prenestina. Algunos eruditos han visto en ellas, á pesar de las numerosas restauraciones de que han sido objeto, la expresión de dos artes algo diferentes, la una griega y la otra más bien romana. *Ciaruno*, dice von Duhn (*Ann. dell' Instituto di corrisp. archeol.* t. LI, p. 189), *ciascuno... potrà a colpo d'occhio ravvisare la differenza tra la forza e naturalezza greca e l'eleganza et artificiosità del lavoro romano.*

(2) Otón hizo esta acción más directa poniendo la Mauritania Tingitana bajo la jurisdicción del gobernador de la Bética. Augusto había ya ordenado que Cilis dependiera de ella: *Zilis iura Beticam petere jussa* (Plinio, *Hist. nat.* V, 1).

también de límite entre Marruecos y nuestra provincia de Orán. Desde entonces, toda el Africa setentrional formó parte del imperio.

Hacia entonces cosa de siglo y medio que la acción de Roma era preponderante en Africa; cerca de dos siglos á contar desde Escipión Emiliano; dos siglos y medio retrocediendo hasta Zama. Nada grande puede hacerse sino con el tiempo. Nosotros, los franceses, lo olvidamos con frecuencia en nuestras injustas quejas sobre la lentitud de nuestros progresos en Argelia, sin tener en cuenta que al reemplazar á Roma en aquella costa, donde por Roma trabajaron Cartago, Masinisa, Bocco y Yuba, hemos encontrado obstáculos mayores sin que nadie nos haya preparado las vías ni favorecido nuestra empresa.

Por lo demás, no sin gran resistencia sucumbió aquella nacionalidad. La historia no ha conservado la narración de todas las guerras que fué preciso emprender para sofocar las protestas contra el yugo del extranjero. Sólo conocemos las expediciones de Suetonio Paulino, que atravesó el Atlas, y de Geta, que persiguió á los moros hasta el Sahara. La sublevación de Tacfarinas hizo más ruido, gracias á Tácito. Aunque no tuviera para sí la fuerza religiosa, de que los *marabutes* disponen contra nosotros, tuvo en amago durante siete años á las tropas de Tiberio, y mereció que se asociara su nombre á los de los héroes de la independencia

nacional, en el primer siglo de los Césares: Civilis, Sacrovir, Simon ben Giora, Caractac y la valerosa Boadicea.

Esta guerra se extendió desde Sitifi que era su centro hasta el país de los Garamantes, cuyo rey se sometió después de la muerte de Tacfarinas; pero no libró, sin embargo, de toda inquietud la provincia. Las tribus del Sahara, musulamos y gétulos, tentaron durante mucho tiempo la paciencia de los gobernadores, y para hacer más rápida la represión, debilitando á la vez el poder excesivo del próconsul de Africa, dió Calígula el mando de aquel ejército á un legado imperial. En razón de los mismos temores, se prohibió á los criminales de Estado residir en Africa, porque el reposo de esta provincia que procuraba á Roma la abundancia ó la carestía, es decir el contento ó descontento del pueblo, la seguridad ó el terror del príncipe, importaba demasiado para no garantizarse con todas las medidas de prudencia.

Vespasiano, cuya mujer era hija de un caballero romano establecido en Sabrata, se ocupó ciertamente en las cosas de Africa con la misma solicitud que en las de las otras provincias; pero de su administración no conocemos más que el envío de una colonia á *Icosium* (Argel). La pacificación de la Tripolitana, comenzada por él, no erminó hasta Domiciano, el cual, para acabar con el pillaje de los nasamonios, exterminó el mayor número de ellos. Adriano y Antonino tuvieron que reprimir algunos movimientos de los moros, y ya se ha visto cómo en tiempo de Marco Aurelio se estremecieron las tribus del Atlas, respondiendo á la voz del mundo bárbaro, que se elevaba en confusos clamores á orillas del Danubio.

Tres causas hacían inevitables estas sublevaciones: la configuración del país, que ofrecía tantos y tan inexpugnables retiros; el gobierno por los indígenas, de que Roma sacó siempre un excelente partido, pero que tenía también sus peligros, porque la fidelidad de los jefes nacionales se dejaba á veces seducir; finalmente, el hábito de llevar armas que los moros conservaron. Las mismas costumbres militares tenían los provinciales de orillas del Danubio; pero éstos estaban contenidos por la vecindad del enemigo: los moros no tenían que combatir más que á los animales fieros, y los audaces cazadores del león, solían olvidar al rey de los bosques para cazar al hombre.

Pero el Africa no se ha pertenecido nunca á sí misma, porque no tiene centro geográfico. Estas revueltas debían pues quedar sin enojosas consecuencias hasta el momento en que pudieron ser apoyadas por un conquistador extranjero. Hasta entonces, la organización dada por los romanos al Africa bastó para tener á raya á los levantiscos. Verdad es que fué digna de la ordinaria habilidad de Roma.

Roma tenía un doble interés en establecerse en aquella costa. Era el primero forjar el último eslabón de la cadena con que sujetaba al mundo antiguo, y encerrar el Mediterráneo en sus posesiones. En otro tiempo un general cartaginés prohibía á los marineros romanos hasta lavarse las manos en el mar de Sicilia; ahora es Roma quien no quiere que pise ninguna playa del Mediterráneo un pie enemigo. Con esto, entendía utilizar en su provecho exclusivo la riqueza de Africa.

Esta riqueza era muy desigual. La Tingitana exportaba sin duda entonces, como hoy, ganado para la Bética; pero los romanos no sacaban de ella más que tablas de una sola pieza de sus gigantes árboles, testigos de las primeras edades del mundo, que crecían en los intrincados bosques de que estaba cubierto el pie del Atlas (1). Plinio hace en

(1) La Tingitana daba también elefantes para el Circo (Plin. *Hist. nat.* V, 1). Ya no los hay, pero todo el régimen de esta costa ha cam-

dos palabras el inventario de la Numidia. «Mármoles preciosos, dice, y animales fieros.» Pudo haber añadido, caballos incomparables por la velocidad, sino por la belleza de las formas. La Mauritania grababa en el reverso de sus monedas un caballo sin riendas, y se ha encontrado esta inscripción:

Hija de la getula Harena,  
Hija del getulo Equino,  
Rápido en la carrera como el viento,  
Habiendo vivido siempre virgen,  
Espeudusa, tú habitas las orillas del Lete (2).

El árabe del Nedjed no celebra mejor la raza de sus nobles caballos.

En la Bizacena (Bizacio), donde la creciente sequía del clima ha despojado á la tierra de gran parte de su fertilidad, el trigo producía en la proporción de ciento por uno: por eso, el Africa estaba representada por una doncella con las dos manos cargadas de granadas gavillas (3). El fecundo suelo de la Bizacena y de la Ceugitana continuaba en parte de la Numidia: los árabes llaman todavía á las llanuras que se extienden de Setif á Constantina «el país del oro». Así era fácil interesar á los nómadas en la agricultura, y Roma no dejaba de hacerlo.

En cuanto á la Mauritania, la porción que formaba la cuenca del Malva era estéril; pero en su extremo occidental, por donde Augusto la había atacado, era casi comparable con las dos provincias limítrofes.

Para poseer esta rica tierra, no se contentó Roma con tener al Africa por la costa, por las ciudades marítimas, pues la ocupación restringida estaba juzgada entonces como ahora; penetró tierra adentro, fué hasta el Atlas, lo salvó y descendió al Sahara.

Pero al principio se fijó fuertemente en la costa. Desde el Lixo (*Guad-el-Kus*) que desemboca en el Océano (4) hasta el Tritón, separado de la Pequeña Sirte por las arenas y rocas del litoral, extendió una larga cadena de colonias, de ciudades libres ó privilegiadas y ciudades romanas, siendo las principales del Oeste al Este: *Cilis* (Ar Zila) donde á menudo se encuentran monedas de los reyes de Mauritania; *Lixo* (El-Araich), el Jardín de las Flores; *Tingis* (Tánger) que mostraba el inmenso escudo de Anteo, hecho de cuero de elefante; *Rusaddir* (Melilla); *Siga*, la populosa y rica capital de Sifax, cerca de Tafna y cuyo puerto forma hoy el de Rachgun; *Portus Magnus* (Mers-el-kebir) el mejor puerto natural de la Argelia; *Portus divini* (Arzen), donde se ven numerosas ruinas romanas, *Cartenna* (Tenes); Yol ó Cesarea (Cherchél), la capital del segnndo Yuba; *Tipasa*; *Icosium* (Argel); *Rusgunia*, en el cabo Ma-

biado, y las montañas están peladas. Se ven indicios de ríos poderosos, inmensos espacios que estaban cubiertos por las aguas y por aquí y por allá vestigios de una vegetación gigantesca. El rabino Mardoqueo encontró en 1875, al sur de Mogador y mucho más allá del cabo Ghir, regiones fértiles, ruinas antiguas y sepulcros con figuras esculpidas anteriores sin duda á la hegira.

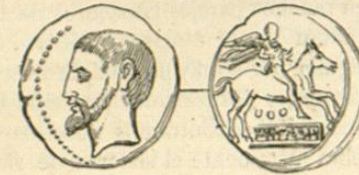
(2) Orelli, núm. 4.322.

(3) Pindaro (*Isthm.* IV, 91) llama al Africa *τὰν πορφόρον*, fecunda en trigo; *faruch* en siríaco, *ferit* en árabe, designan cierto estado de la espiga de trigo.

(4) A cuatro kilóm. del Araich, el Guad-el-Kus envuelve una península pedregosa, donde se encuentran las ruinas de una ciudad con muros ciclópeos. Enfrente del Araich se ha creído reconocer el emplazamiento del Jardín de las Hespéridas (Mem. de M. Tissot, sobre su viaje á Marruecos, 1874). A algunas leguas de Mequinez, las ruinas de Volubilis con los restos de un templo, de un arco triunfal y del recinto, cubren toda una colina. ¡Cuántos descubrimientos habría que hacer allí, bien que desde larga fecha sirvan de cantera para las construcciones de Mequinez, si fuera Marruecos menos inhospitalario!

tíf; *Rusuccurus* (Dellis), Iomnium (Taksebt); *Saldæ* (Bugia) á la salida de uno de los más ricos valles del Djurdjura (*Mons Ferratus*); *Igilgili* (Djidjelli); Chullú (Collo) (1); Rusicade (Philippeville); *Hippo Regius* (Bona), antigua residencia de los reyes nómadas y plaza muy fuerte; Tabraca (Tabarka) que sirve de límite entre la Argelia y Túnez, como separaba, ha veinte siglos, la Numidia de la Ceugitana: tanto duran las mismas cosas en aquella tierra.

Tabraca tenía el título de ciudad romana; lo mismo Utica, cuyas ruinas, á causa de los terremotos del Bagradas, se encuentran ahora en medio de campos cultivados á



Moneda de Bocco II con un caballo y su jinete en el reverso (2)

más de diez kilómetros de la costa; *Hippo Zarytus* (Bicerta), Cartago, *Neapolis* (Nabel), *Hadrumetum* (Susa), *Tena*, á la entrada de la Pequeña Sirte, y Tacape (Gabes), eran colonias; *Tapsus*, *Leptis Minor* y otras veintiseis ciudades de la provincia tenían derechos de ciudades libres (3).

En el interior se detuvo la colonización en la Mauritania Tingitana (Marruecos) por los desiertos inmediatos al Malva y por las llamadas montañas del Rif. Pero en las otras provincias que corresponden á la Argelia y á los territorios de Túnez y Trípoli, hubo de tomar rápido desarrollo. Los innumerables valles que forman las ramificaciones del Atlas tuvieron cada uno su ciudad, unida á las inmediatas por caminos que atravesaban de Oeste á Este toda la provincia y descendían por una parte á la costa hacia las ciudades marítimas, y por otra iban al desierto hacia los puestos establecidos al pie del Atlas (4).

Así, de Cesarea se iba á la Mauritania Tingitana por dos caminos que seguían, el uno la ribera y el otro el valle, por donde pasa hoy el ferrocarril de Orán, entre el grande y el pequeño Atlas. Al Este, la vía principal, evitando el espeso macizo del Djurdjura, iba á Cartago por Oppidum Novum, á orillas del Chelif, *Aucia* (Aumale) en la cuenca del Isser; Sitifis (Setif), gran centro agrícola, de donde partían ocho ó diez rutas; Cirta, la verdadera capital de la Numidia (5), que estaba en comunicación con el mar por *Ru-*

(1) Cerca de Chullu, á la embocadura de Ampsaga (Guad-el-Kebir) se encontraba el límite de la Mauritania Cesariana y de la Numidia. Esta estuvo, hasta Septimio Severo, unida al Africa propia, cuya frontera oriental se detenía en la Cirenaica.

(2) Por un lado el busto de Bocco; por otro, un caballo montado en pelo y sin freno. En una cartulina, letras que significan: *A Bocco la realeza* (Bronce).

(3) Plinio, *Hist. nat.* V, 29. A estas treinta ciudades libres añade Plinio quince *oppida civium Romanorum* y seis colonias; pero en tiempo de los Antoninos había muchas más. Muchos puestos militares, *castella*, *turres*, habían llegado á ser ciudades. Así una inscripción de *Turris Tamalleni* celebra á Adriano como *conditor municipii* (Guerin, I, p. 244). Marquardt (IV, p. 320, 323) da una larga lista de las colonias y municipios de la Numidia.

(4) Así, el Aures, parte del gran Atlas, que cubre el sur de la provincia de Constantina entre Batna y Biskra, forma un macizo de 600 kilómetros de perímetro, habitado por kábilas indómitas. Tres valles, sólo uno practicable, lo atravesaban. Las ruinas que dejaron los romanos en este macizo prueban que habían trazado allí un cuadrilátero, cuyos lados terminaban en Lambesa, Ksar Baghai, Bades y Biskra (*Bull. de la Soc. de Geogr.* Set. 1880: *les Monts Aouris*).

(5) Vimos en otro lugar que Cirta y otras tres ciudades, sus colonias, formaban un Estado verdadero: *III Cirenses*. Cirta que debe su

*sicade*, como nosotros hemos unido á Constantina con el Mediterráneo por Philippeville. De Calama (Guelma) se descendía por el Seibus á Bona, y por Tipasa Naraggara y Sicca Veneria (El Kef, se alcanzaba el rico valle del Bagradas, el Medjerda, donde se ven aun las ruinas de populosas ciudades: Simitu, *Bulla Regia*, la residencia de los reyes nómadas, etc., servían de etapas para ir á Utica y Cartago. Al Sur, por *Zama*, *Regia*, se llegaba á Adrumeto y á la Pequeña Sirte, á cuyas inmediaciones terminaba aquella larga vía en las colonias de Tisdro y de Tene.

Esta línea era también doble: al Norte extendía ramales que penetraban por aquí y por allá en la *Montaña de Hierro*; al Sur, unía las ciudades de Lambesa, Tamugas, Tebeste (Tebesa), Ammedera (Hidra), Telepte y, á pocas leguas del lago Tritón, la colonia de Capsa, que formaba, al Oriente, el punto de apoyo de la prolongada cadena de puestos militares (6) extendida al través de aquellas provincias desde el Rif hasta la Cirenaica.

Los romanos, como nosotros, hubieron de penetrar á duras penas en la Gran Kabilia; pero ocupando todas las avenidas de este gran macizo, obligaron á los kábilas á reconocer, para vivir, la ley de los que tenían los valles y acabaron por asegurarse en sus montañas.

La misma política, con medios diferentes, siguieron por la parte del Sahara. Cerraron con firmes defensas los desfiladeros del Aures, para atajar las incursiones de los nómadas, y treparon á algunas mesetas para descender al desierto y ocupar sus oasis. Sólo desde 1854 estamos en Laghuat, y se han visto en Geryville, bajo el mismo paralelo, vestigios de la ocupación romana. Al pie de la vertiente meridional del Aures trazaron un camino, que algunos puestos jalonaron, desde el Biskra hasta bien lejos al Este. En el oasis de El Uthaia, al Sur de El-Kantara, hizo levantar Marco Aurelio un arco triunfal derruido, y cerca de Beseriani, no lejos del Chot Melghir, se ha encontrado una piedra milliaria con el nombre de Trajano.

Para la Numidia y el Africa el centro de la defensa estaba en Lambesa, donde subsisten aún los dos campamentos de la legión *III<sup>a</sup> Augusta* y de sus auxiliares, unos diez mil hombres que daban guarnición en todos estos puestos y aun una cohorte al próconsul de Cartago. Algunas vías militares construídas por los soldados partían de allí en todas direcciones.

Los romanos, que habían dejado á muchas ciudades la autonomía, y á sus magistrados el nombre púnico de sufetas, reconocieron también ó establecieron la autoridad de ciertos jefes de tribu.

Ni el Sahara ni el Atlas podían ser rodeados de un atrincheramiento continuo como el Rin y el Danubio, ni por consiguiente había necesidad de ocho ó diez legiones en una frontera no amenazada de ningún peligro. Los viajeros modernos que penetraban antes con gran riesgo en el sur

nombre moderno á Constantino, podía, en tiempo de César, sacar de su vasto territorio 20.000 hombres de á pie y 10.000 de á caballo (*Bell. Afr.* 25).

(6) *Castella*, *castra*, *praesidia* y los establecimientos de los límites, *limitanei*. Estos puestos se extendían hasta la frontera de la Cirenaica junto á la cual se ha encontrado en Bondjem, en medio del desierto, una inscripción de un legado de Numidia (Marquardt, IV, p. 308, número 8).

(7) Cabeza de Mercurio por el anverso; dos espigas por el reverso (Bronce).